

Capítulo 9, Los Años Setenta

“No sé si a mi me resulta posible hablar de aquellos años extremos sin el ingrediente excluyente del ardor. Si hay una certeza en los que pasaron por el secuestro, la tortura y el exilio es que no ayudan a tolerar dichos trances con dignidad – en la mayoría de los casos – ni la lógica militante ni la ideología. Es la dureza anímica circunstancial, la pasión, lo que prevalece. Sin embargo, una mirada ardorosa y apasionada no tiene por que ser una mirada obnubilada.”

Rafael Bielsa. “Esos Años sin Par (a propósito de Rodolfo Galimberti)”.
Del libro “Argentina, una luz de Almacén.” (Reflexiones sobre un país en penumbras)
De Editoril Sudamericana

Los Años Setenta

Había leído uno de los apuntes sobre los años 70. Le llamó la atención que no hubiera emitido opinión siendo que, por la edad, en esa época le había confesado tenía 29 años.

Eran tantas las anécdotas vividas por la gente que, empujados por las acciones del gobierno, habían vuelto confusos los recuerdos de los años de plomo, los años del dolor.

Volvió a buscar en sus hijos. Ninguno tenía opinión formada, salvo algún film o libro leído sobre el tema. La muerte, a la distancia, pierde tremendismo, tanta gente traspasada por el dolor, de ambos bandos, tapado por otros dolores: Malvinas, República de Cromagnón, miles de muertes inútiles que año a año tiñen los diarios y la pantalla de la TV.

En realidad la discusión con sus hijos giraba sobre la desigual lucha que la legalidad exige para las fuerzas de seguridad... ¿Por qué los gobernantes no habían actuado con la Ley? Se lo preguntaría...

-Hoy nos toca leer sus escritos sobre los años 70, le dijo en cuanto traspasó la puerta.

-¿Mis escritos? Yo no escribí nada al respecto, quería hablarlo con usted. Ambos vivimos esa época...

-Si, en realidad estuve viendo que sólo copió dos textos. Me llamó la atención...

-Le explico. En aquella época, el año 1972, yo tenía 25 años. Estaba recién recibido. Me había casado, había ingresado por concurso en la Secretaría de Vivienda, el ministro era Francisco Manrique ¿Se acuerda? La Secretaría estaba en el tercer piso del edificio del Banco Hipotecario. El Ministerio de Bienestar Social estaba en el primer piso del edificio. Yo simpatizaba con el Peronismo, proscripto en forma irracional por los militares. Escuchaba a Perón y coincidía con él; ¿Qué joven podía no coincidir con Perón?, nos hablaba de unión, crecimiento, una Patria justa, económicamente libre y políticamente soberana. ¿Se acuerda?

Después vino el Balcón, la fórmula Perón – Perón, las máximas del General: “*dentro de la Ley todo, fuera de la Ley nada*”...Yo iba a la Plaza, me mezclaba con la gente, me sentía parte de esa Argentina que despertaba...sólo que...

-¿Sólo qué?

-En el edificio donde trabajaba empezaron a aparecer las armas y los matones de la Triple A, muchos de ellos mezclados con cuerpos de choque de los sindicatos más pesados...se comenzaba a oler la muerte... en el primer piso, en el Ministerio que manejaba López Rega a voluntad se amontonaban oscuros gorilas de pelo corto y lentes oscuros, armados hasta los dientes. En la Secretaría irrumpieron con ametralladoras para expulsar a los niveles de decisión (todos técnicos) a las patadas. López Rega impuso un nuevo Secretario de Vivienda, el ingeniero Juan Carlos Basile, un ignorante que sólo había cursado el primer año de ingeniería y aprobado una sola materia. No era ingeniero. No importaba, había inaugurado una unidad básica en Nueva York, era de derecha y estaba relacionado con grupos empresarios dispuestos a hacer negocios con el Estado. Suficiente para que le cayera en gracia al viejo líder López Rega que lo impuso al frente de la Secretaría. Su tarea era “hacer caja”, comenzaron a aparecer extrañas empresas constructoras, amigas del secretario.

Mi lugar era en el grupo de aprobación de nuevos materiales y sistemas constructivos. Ninguna de las empresas cumplía con los requisitos. López Rega les quería dar la construcción de la Ciudad “Isabel” 20.000 viviendas que se iban a construir en el Parque Saavedra, sin licitación, a precios desmedidos. Denuncié el hecho ante el Colegio de Ingenieros y la Sociedad Central de Arquitectos, ninguno quiso tomar la denuncia. Recibí amenazas. El delegado de los ordenanzas me llamó aparte y me dijo: Pibe, tenés familia, dejate de joder que vas a terminar bajo las ruedas del subte. Yo tomaba el subte todos los días; todavía me acuerdo, se llamaba Cesar Fecit...comencé a pegarme a la pared cada vez que llegaba el subte a la estación, ya las muertes eran el orden del día...la Triple A mataba Montoneros, ERP, FAP, le daba lo mismo; los Montoneros, ERP, FAP, FAR mataban sindicalistas y represores. Los militares no intervenían. La noche era el terror...

-Yo no logro recordar nada. Salvo alguna noticia posterior, como el asesinato de Rucci o la matanza de Ezeiza, cuando Perón regresó al país. Me da un poco de vergüenza decirlo, pero esa época fue una de las más felices de mi vida; sólo guardo buenos recuerdos...aunque sé que murieron muchos que no tenían nada que ver...

-Oh, señora, como usted sabe en el Limbo hay muchas más almas que en el Infierno y el Paraíso, es una lógica pura...¿Recuerda la campana de Gauss, en Estadística? Siempre habrá en los extremos menos casos que en el centro de la campana, donde reina la media, usted fue parte de esa media, la que no fue tocada por la violencia en forma directa. En los extremos se amontonan subversivos por un lado y represores por el otro. Los dos creían tener razón...

-Casi había olvidado...

-Yo lo intenté, pero quedé marcado por el dolor de ver la matanza y no poder hacer nada por detenerla. Tenía amigos en los dos bandos, y en los dos bandos había muchos y diferentes caracteres: el sanguinario, el perfeccionista, el audaz, el especulador, el convencido, el simpatizante...a todos se los tragó el violencia. Claro que luego, la violencia del Estado fue atroz, sin límites, pero, del otro lado no cejaban, los cabecillas querían el poder, por la fuerza...En realidad, a la distancia, no se si mi verdad se acerca a la verdad que todos queremos y la Justicia hace justicia con los responsables, por eso es que elegí dos relatos de dos fuentes distintas, hombres que supieron abstraerse de sus pasiones para tratar de contar la verdad...¿Le leo?

Primer escrito

Dos años antes del regreso de la Democracia - en 1981 - se publicó en Nueva York el libro “Preso sin nombre, celda sin número” de Jacobo Timerman (padre del embajador Héctor Timerman, hoy cónsul en NY) quien relata su secuestro, cautiverio y tortura a manos del entonces coronel Ramón J. Camps, jefe de policía de la provincia de Buenos Aires.

En la biografía que Graciela Mochkofsky escribió sobre Timerman, se relata que Jacobo, dueño del diario La Opinión, tenía como socio a David Graiver, un joven banquero de rápido ascenso que en 1970 había adquirido el Banco Comercial de La Plata, desde donde manejaba parte de los 60 millones de dólares provenientes del secuestro de Jorge y Juan Born, ejecutado por Montoneros en 1974. La operación era rastreada por los hombres del comandante del Primer Cuerpo del Ejército, el general Suárez Mason, especialmente por el Jefe de la Policía Bonaerense, coronel Ramón Camps, que soñaba con apropiarse de la fortuna que los Graiver tenían en el país.

A la muerte de Graiver – desaparecido en un inexplicable accidente de aviación en México el 7 de agosto de 1976 - Timerman comenzó a temer que el “secreto” fundacional de La Opinión, se descubriera y que las quiebras del grupo Graiver arrastraran a La Opinión y al diario La Tarde – que había puesto bajo la dirección de su joven hijo Héctor en marzo de 1976. Aún así, y desoyendo los consejos de abandonar el país, Timerman decidió permanecer en Buenos Aires. En la mañana del 15 de abril de 1977 unas veinte personas de civil asaltaron su departamento y se lo llevaron encapuchado. En el despacho de la Jefatura de Policía de La Plata, Camps le comunicó: *Usted es un prisionero del Primer Cuerpo de Ejercito en operaciones.*

Al inicio del libro de Mochkofsky, Arthur Miller da una semblanza del periodista:

“Nunca conocí a nadie como Timerman. He conocido cierto número de rebeldes y revolucionarios, y hacia algunos de ellos profesé profundo respeto y un afecto personal. Y también hacia todo hombre o mujer que se hubiera comprometido con la verdad y la justicia. Pero en mayor o menor grado esas personas adherían más profundamente a un partido, a un credo o, al menos, a un grupo de pensaba de modo similar y creía que haría mejor al conjunto de la humanidad si, simplemente, pudiera tomar el poder. Daban por sentado que el poder era la clave para la redención de la Humanidad: específicamente, el poder de la gente buena sobre la mala.

Nunca trate ese tema directamente con Timerman, pero creo que refleja su pensamiento decir que precisamente el poder era aquello de lo que más desconfiaba. No se trataba de que se hubiera apartado de él: en realidad, como hombre exudaba poder, sus certezas y su coraje. Más bien trataría de imponer cláusulas estrictas en extremo a cualquiera que ejerciera el poder sobre otros; la más importante de ellas: que no mintieran.

Timerman tenía problemas con todo el mundo y por la misma razón: no podía tolerar la mendacidad en los poderosos. Esto no era una pose, una actitud, una preferencia: para él, constituía el oxígeno de la política humana, sin el cual todas las buenas intenciones imaginables no eran sino ramas muertas en el árbol de la vida. Una consecuencia de esto era que en su presencia uno tendía a reexaminar sus propias presunciones y creencias. Era un recordatorio vivo de que los profetas reales son irritantes y no mensajeros de confianza. Decía las cosas como eran, ya fuera en Argentina, Israel, Europa o los Estados Unidos. Tenía un estándar de ética que nadie ha sobrepasado y que pocos alcanzaron. Timerman fue un don para el mundo, que sólo raramente supo cómo aceptarlo con gratitud. Éste fue un hombre justo”.

Con la finalidad de que sus primeros lectores entendieran la Argentina de esos terribles años 70, Timerman la describe en forma sencilla y contundente, en una de las semblanzas más claras que, en atención a quienes no la hayan vivido, vale la pena reproducir:

...Entre los años 1973 y 1976 hubo cuatro presidentes peronistas, incluidos el General Juan Domingo Perón y su esposa Isabel. La violencia que envolvía al país se había desatado en todos los frentes, culminando un desarrollo originado hacia 1964 con la aparición de los primeros guerrilleros entrenados en Cuba por un argentino ayudante del Che Guevara. Pero lo que uno encontraba coexistiendo en la Argentina, simultáneamente, era: guerrilla trotskista rural y urbana; guerrilla urbana peronista de izquierda; escuadrones de la muerte peronistas de derecha; grupos armados terroristas de los grandes sindicatos para el manejo de la vida gremial; grupos paramilitares del Ejército para vengar a cualquiera de sus hombres que fuera asesinado; grupos parapoliciales tanto de izquierda como de derecha que luchaban por alcanzar la supremacía dentro del aparato de las policías federal y provinciales; grupos terroristas de derecha católicos organizados por agrupaciones anticonciliares, contrarias a la apertura propuesta por Juan XXIII, que ajustaban cuentas con los sacerdotes católicos de izquierda o liberales que trataban de aplicar – generalmente con anárquico exceso – las tesis ideológicas del acercamiento de la Iglesia a los pobres...

...En 1975 tuve una conversación con un senador peronista, de gran influencia en su partido, abogado, moderado, ex dirigente universitario en su juventud, culto y sereno...la conversación versó sobre la violencia y le expliqué con abundancia de datos y la experiencia de treinta años de periodista político, que el país se encaminaba inevitablemente hacia la ocupación del poder por los militares. Sostuve que la única forma que aún había de preservar lo que quedaba de las instituciones políticas era

concluir con la violencia de todos los signos por la vía legal, y que únicamente el Ejército estaba en condiciones de hacerlo. Le proponía que con la mayoría peronista en el Senado y la Cámara de Diputados votara leyes de excepción que permitieran que el Ejército iniciara operaciones contra todos los niveles terroristas, de cualquier signo, pero que esa represión estuviera encuadrada en la leyes votadas por el Congreso dentro del marco constitucional y siempre bajo la autoridad del gobierno civil.

La respuesta: “Si dejamos entrar a los militares por la puerta, se quedarán con toda la casa. De modo que sería igual que un golpe que nos dejaría a nosotros afuera. Además, los peronistas de derecha que apoyan a los grupos de terroristas de derecha que asesinan a los peronistas de izquierda, no votarán las leyes; y los peronistas de izquierda que apoyan a los grupos terroristas de izquierda que asesinan a los peronistas de derecha, no votarán las leyes. Además, el Ejército suprimirá solamente a un sector de la violencia y no al otro. Más bien, utilizará a uno contra el otro, asegurándose su supervivencia” ¿Entonces? “Dejemos las cosas como están. Alguna cosa ocurrirá. Dios es argentino”.

Cuando me entrevisté con un militar de alta graduación, en el Estado Mayor del Ejército la respuesta fue la misma en el fondo, sólo las apariencias eran distintas. A mi pregunta de los motivos por los cuales el Ejército no luchaba, con todos sus recursos, contra la violencia, y sólo se dedicaba a vengar a sus propios caídos, su respuesta fue simple: “¿Vamos a salir a pelear para que los peronistas sigan gobernando?”

... Entre 1966 y 1973 hubo tres gobiernos militares en la Argentina. Presididos por tres generales. Todo esquema institucional fue colocado bajo el título pomposo de La Revolución Argentina. Comenzó con un gran entusiasmo, pero a partir de 1969 se encontró en un callejón sin salida por la resistencia generalizada a la situación económica, social, política. El peronismo comenzó en esa época a aliarse con todos los partidos políticos en la exigencia de una convocatoria a elecciones, al mismo tiempo que comenzaba a constituir las Formaciones Especiales, es decir de la guerrilla urbana. Juan Domingo Perón las llamaba Formaciones Especiales porque no quería, oficialmente, apoyar a la guerrilla peronista y que lo acusaran de subversivo. El título del movimiento guerrillero peronista era Montoneros.

La dictadura militar entra en crisis porque no encuentra la fórmula política propia aplicable a la situación, y convoca a elecciones. Todos los partidos políticos, todos los diarios, todas las instituciones, apoyan esta solución. El peronismo triunfa ampliamente, pero con un candidato, Héctor Cámpora, que es sostenido básicamente – y dominado – por los sectores izquierdistas y montoneros del peronismo. Un par de meses después, nuevamente la situación es insostenible, y Juan Domingo Perón organiza la renuncia de quien fue su candidato porque las Fuerzas Armadas lo habían vetado a él como posible presidente. Más aún, el país anhela que sea Perón porque supone que tiene suficiente autoridad para concluir con la violencia.

Para esa época, ya el ala derecha de Perón había desarrollado su propia actividad subversiva a través de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) dirigida por José López Rega, su secretario privado desde hacía varios años.

Los Montoneros asesinaban a quienes se ocupaban de reprimirlos; a quienes ellos creen que se ocupan de reprimirlos; a quienes ellos consideran que no hacen nada contra quienes los reprimen; a quienes se pronuncian contra la violencia de la derecha pero también de la izquierda, porque los consideran cómplices de la derecha; a políticos de segunda categoría amigos de políticos de primera categoría porque éstos no quieren entrar en tratos con ellos; a políticos que suponen pueden llegar a interferir en sus planes futuros porque son liberales y atraerían a la juventud de izquierda; a periodistas de izquierda que están contra la violencia y así confunden a sus guerrilleros. Los Montoneros también secuestran porque consideran que es lógico que los hombres que pueden pagar un rescate devuelvan a la Sociedad el dinero mal habido.

La Triple A se ocupa de matar montoneros, o a quienes supone que son montoneros; mata a políticos liberales porque considera que sus exigencias de juicios legales a los Montoneros arrestados constituye una forma de asociación con la izquierda; mata a abogados defensores de Montoneros presos porque considera que son una rama de la guerrilla; asesina a escritores y periodistas de izquierda, aún cuando estén en contra de la guerrilla, porque estima que el pronunciarse también contra el terrorismo de derecha es en realidad una forma de debilitar la voluntad represiva de la sociedad argentina. La Triple A obtiene sus recursos económicos para la compra de armas, automóviles, pagar sueldos, adquirir propiedades para sus cárceles clandestinas, de la recuperación de bienes: el botín que toman en los allanamientos, el rescate pagado por las personas que secuestran, generalmente miembros económicamente poderosos de la comunidad judía.

Los Montoneros mientras tanto, han logrado obligar a unas quinientas grandes empresas comerciales a que les entreguen una cuota monetaria mensual, como protección contra el secuestro o atentados a sus ejecutivos. La Triple A obtiene copia de esa lista y logra que esas quinientas grandes empresas también se suscriban al apoyo económico de la Triple A. Las empresas pagan a las dos organizaciones.

Los Montoneros integran sus filas con la juventud peronista, básicamente estudiantes universitarios y empleados. Sólo existen en las grandes ciudades.

La Triple A integra sus filas con policías y suboficiales retirados, generalmente con aquellos que han tenido problemas de indisciplina, cometido delitos, que han sido castigados por algún motivo mientras estaban en filas.

El clima de violencia envuelve a todo el país. Todavía se supone que Juan Domingo Perón puede resolver la situación, y en las elecciones triunfa por un margen aún mayor que el obtenido por Cámpora. A pesar de que arrastra consigo, en la fórmula electoral, el peso muerto de su esposa, triunfa con casi un 70 por ciento de los votos. Ya es el tercer presidente peronista de ese año 1973. Pero no logra dominar la violencia, y es difícil saber si realmente quería hacerlo. Un año después muere, y la situación comienza a deteriorarse aun más en todos los niveles: especialmente el económico y el de la violencia. Su viuda Isabel Perón, logra permanecer hasta marzo de 1976, en que las Fuerzas Armadas toman el poder. No fue su habilidad política la que logró esa supervivencia de casi veinte meses. Los militares necesitaron todo ese tiempo para preparar sus planes, según algunos observadores.

Sin embargo, en verdad los planes ya estaban preparados. Los militares necesitaban algo que resultaría mucho más importante: que la situación se pudiera lo suficiente como para hacer que toda la población – la prensa, los partidos políticos, la Iglesia, las instituciones civiles – considerara inevitable la represión militar. Necesitaban aliados, para luego convertirlos en cómplices. Necesitaba que el Miedo por la seguridad personal, por la crisis económica, por lo desconocido, fuera tan grande como para que tuvieran el margen de tiempo, de contemplación, de pasividad, necesario para desarrollar lo que considera la única solución al terrorismo: el exterminio...

...La tesis oficial de las Fuerzas Armadas cuando llegaron al gobierno en marzo de 1976 no era compleja: los enemigos eran la subversión y la corrupción pública. Los enemigos parecían, por lo tanto, fáciles de identificar. Y nadie dudaba de que los métodos serían los fijados por la Constitución, cuya amplitud represiva legal resultaba suficiente. Pero los militares encargados de la represión no sólo parecían necesitar un margen adecuado a la solución del problema, sino también una amplitud suficiente para encaminar con impunidad sus fobias, sus fantasías, sus ideas sobre la realidad, su visión de futuro...

...muchos de los militares de esa época, sentían hacia los peronistas de la guerrilla urbana un odio visceral. Les resultaba difícil, imposible, una aproximación política al problema, porque por encima de todo sentían su orgullo herido. La sola idea de que la guerrilla hubiera querido ganarles la batalla en el campo armado, era mucho más de lo que podían soportar. Y si bien no era la primera vez que las Fuerzas Armadas argentinas ocupaban el poder derrocando a un gobierno elegido en elecciones populares, jamás se había visto tal sistematización del odio. Después de todo, los militares habían ocupado el poder, desalojando a gobiernos electos, en 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y ahora en 1976... todos los intentos de llevarlos hacia el análisis de lo que podía convenir al país en el terreno político, tanto a corto como a largo plazo, chocaban con esa convicción de la inevitabilidad del odio, de la necesidad del exterminio...

A fines de 1976 los muertos y desaparecidos se contaban por miles, lo que era visto por las Fuerzas Armadas como el triunfo. Sin embargo, aún en el triunfo, los militares argentinos descubrieron que todo se sabe. Y ésta es la principal ventaja que le han dado a la guerrilla y al terrorismo: haber admitido la irracionalidad terrorista como política, y haber superado a sus opositores.

Porque la guerrilla contestó con igual ferocidad, pero menores recursos. Y todo se redujo entonces a un enfrentamiento de recursos, en vez de ser una batalla de una concepción política contra otra, de una moral contra otra. Pero no pudo competir. Y sin embargo, no fue derrotada en el terreno ideológico, moral, porque sigue esgrimiendo la irracionalidad de la represión, el abuso del poder, la ilegalidad de los métodos...

-En 1976 Néstor Kirchner, junto a su novia Cristina – ambos veinteañeros - militaban en la Tendencia en la Universidad de La Plata, junto a Carlos Kunkel y Carlos Bettini, en ese entonces de 25 años, ambos de la agrupación Montoneros. Néstor sólo era un simpatizante – los denominados “perejiles” por los represores. Su meta era terminar sus estudios para volver a su Santa Cruz natal, lo que concretó a mediados de 1976. Sus padres le habían conseguido varios clientes y luego un puesto en la administración de la Caja de Jubilaciones de Santa Cruz.

El 12 de junio de 1976 - según información disponible en Internet y que el acusado no ha desmentido – Carlos Bettini con 24 años de edad, participó en la Plata del asesinato a sangre fría del marino retirado Jorge Bigliardi de 47 años. Esta habría sido la “prueba de sangre” exigida a quienes aspiraban a ascender a los niveles decisivos de la organización.

Aunque el canciller Rafael Bielsa habría confesado al diputado Ariel Basteiro que Bettini era un personaje muy importante dentro de la organización Montoneros, ésta es la única referencia sobre sus actividad en ella. En ningún libro de esa época se lo nombra ni se lo asocia a alguna acción de Montoneros. A pesar de que las familias de Carlos Bettini Francese y de Cristina Fernández se conocían desde 1970, algunos testigos de aquella época aseguran que la verdadera amistad de éste no fue con Kirchner sino con Rafael Bielsa, que en aquella época, con 23 años, ya ejercía como abogado y defendió a los miembros de Montoneros y a las víctimas de la represión.

Coincidentemente con la desaparición de Graiver (7 de agosto de 1976), Carlos Bettini huye del país y se exilia en España. Su hermano muere días después en lo que la gente de Camps calificó como “un enfrentamiento” con la policía. En diciembre de 1976 su padre, el fiscal Antonio Bettini (hombre muy influyente y respetado de La Plata) logra que le entreguen el cadáver de su hijo. El fiscal es secuestrado el 18 de marzo de 1977.

Su hija declara que iban a pedir por él un rescate. A los pocos días, su yerno el marino Devoto desaparece al ingresar al edificio Libertad de la Armada. Los militares le dicen a la esposa que seguramente pedirán por él un rescate. En el libro “El vuelo” el marino Adolfo Scilingo le confiesa al periodista Horacio Verbitsky que todos sabían que Devoto había sido arrojado al mar desde un avión.

En octubre de 1977 la abuela de Carlos Bettini, Mercedes Hourquebie de Francese, de 77 años de edad también es secuestrada. El socio de Carlos Bettini, Miguel Angel Miretta Mendizábal, cuyo estudio había sido allanado a la misma hora del secuestro de la anciana, pregunta sobre él a gente del gobierno. El mensajero, un amigo, le responde: *“Dice Camps que si no tenés nada que ver te presentes en la Jefatura de Policía...por Bettini no preguntes más, de Memé (así llamaba Miretta a la abuela de su socio) me entero recién ahora y mi consejo es que te presentes... Miretta huyó del país y se reunió con Carlos Bettini en Madrid. Tiempo más tarde, Mercedes Hourquebie aparece muerta en una fosa común.. Nadie se atrevió a preguntar por ellos.*

Hoy Néstor Kirchner es presidente de la Nación. Su esposa Cristina Fernández es senadora por Santa Cruz y primera dama. Carlos Kunkel es Secretario General de la Presidencia, Horacio Verbitsky asesor presidencial y Rafael Bielsa es el ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina.

Carlos Bettini fue impuesto por el presidente en el cargo de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante el Reino de España en atención a las “condiciones relevantes” del candidato que la ley del Servicio Exterior de la Nación exige y que ningún senador pudo explicar durante el tratamiento de su pliego como embajador. Miguel Ángel Miretta Mendizábal se desempeña en el cuerpo de abogados de la Unidad Fiscal de Investigaciones de Delitos Tributarios y Contrabando (UFITCO) donde permanece desde la época de Menem. La UFITCO depende del Procurador General de la Nación, del que Carlos Bettini fue Jefe de Asesores desde 1998 hasta fines de 2002. Resulta evidente que Miretta debe su puesto a Bettini.

Bettini explicó que había vuelto al país en 1992 para “honrar la memoria y la responsabilidad por mi actividad política”; nadie preguntó en el Senado por qué, desde 1992 al 2002 militó en el círculo íntimo del más rancio menemismo, desde Rodolfo Barra y Elías Jassán, cuando éstos fueron ministros de Justicia, y junto a Carlos Becerra, el controvertido Procurador General de la Nación, acusado entre otros delitos, de apoyar la apropiación de tierras de desaparecidos por parte de represores.

Estos son parte de los personajes de nuestra historia reciente que se entroncan con otra tragedia: la privatización de AEROLÍNEAS ARGENTINAS y su posterior vaciamiento y la decadencia económica y moral de la Argentina. En palabras recogidas en el libro “La Justicia por su Nombre” de Rafael Bielsa: *“Ahora vienen años azarosos en los que*

la tarea principal consiste en colocar en su sitio el principio de que el camino más directo entre dos puntos es el camino recto, no el atajo. Este libro describe las brasas y el fuego que consumió la ilusión de millones de argentinos”...